
LIBRO SEGUNDO.

LA UNIDAD BÁRBARA.

CAPÍTULO I.

LOS BÁRBAROS Y EL IMPERIO.

Jornandes cuenta que Teodosio atrajo á Constantinopla á Atanarico, rey de los Godos, el cual habia jurado en su orgullo no poner los piés en territorio romano. La ciudad imperial llenó de admiracion al viejo guerrero: «Dirigia sus miradas á uno y otro lado, contemplaba con sorpresa, unas veces la posicion de Constantinopla, las naves que partian y llegaban, otras veces el concurso de los diversos pueblos que se reunian en la capital, como se ve de diversos lados surtir las aguas en una fuente. Pero cuando vió los soldados en órden de batalla, exclamó: «No hay duda, el emperador es un dios sobre la tierra» (1).

La admiracion que Atanarico experimentó á la vista de la magnificencia de Constantinopla es una imágen de la impresion que el Imperio hizo sobre los Bárbaros. Se creeria que el desden, la cólera y el ódio debian animar á los destructores de Roma. No les

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 28.

merecia, á la verdad, más que desprecio la corbardía de los Romanos; pero la civilizacion antigua no carecia de grandeza, á pesar del envilecimiento de las poblaciones. La inmensidad del Imperio, el órden que presidia al gobierno; las artes y el lujo que embellecian la vida, llenaban á los Bárbaros de asombro y de respeto; se sentian incapaces de reemplazar al maravilloso edificio del régimen imperial. Estos opuestos sentimientos explican la conducta de los Bárbaros. En el primer furor de la invasion quisieron destruir el nombre romano, que no les recordaba sino perfidia y opresion; pero bien pronto se plegaron al poder de la civilizacion, que por tan largo tiempo habia reinado en el mundo, y cifraron su gloria en restaurar el Imperio. Escuchemos las confidencias de Atilfo, sucesor de Alarico:

«Mi ambicion más ardiente, decia, fué en un principio aniquilar el nombre romano y hacer de toda la extension de las tierras romanas un nuevo Imperio llamado gótico; de suerte que, para hablar vulgarmente, todo lo que era *Romana* se convirtiese en *Gothia*. Pero me convencí bien pronto de que los Godos eran incapaces de obedecer, á causa de su barbárie indisciplinable. Entónces tomé el partido de procurar la gloria consagrandó las fuerzas de los Godos á restablecer en su integridad, y aún á aumentar el poder de Roma, á fin de que la posteridad me considerase al ménos como restaurador del Imperio que yo no podia trasladar de los Romanos á los Bárbaros. Con este objeto me abstuve de la guerra y procuré cuidadosamente la paz» (1).

El Imperio no podia ser restaurado; la civilizacion que inspiraba tanto respeto á los Bárbaros no era más que las vestiduras de un cuerpo, al cual abandonaba la vida. Al ver que el Imperio caia, los Bárbaros se repartieron sus despojos; los más ambiciosos trataron de restablecerlo, no ya para los Césares de Constantinopla, sino para sí mismos. La monarquía universal parece ser el sueño obligado de todo conquistador. En la antigüedad los pueblos de Oriente, despues los Griegos y los Romanos, tuvieron la ambicion de someter el mundo entero. Roma realizó casi este

(1) OROS., VII, 43 (Traduccion de TIERRY, *Cartas sobre la Historia de Francia*, VI).

designio. Desde entonces la idea de una dominación universal se apoderó de los espíritus; era como un ideal que las naciones guerreras procuraban alcanzar. Dos tribus germánicas siguieron las huellas de Roma. Los Godos, dueños de la Italia, de la España y de una parte de las Galias, parecían llamados á suceder á los emperadores; su largo contacto con los Romanos los civilizó á medias, sin hacerles perder la virtud guerrera. Un gran hombre surgió de su seno, Teodorico, á quien se ha comparado con Carlo-Magno y con los mejores de los Césares. Todos los elementos de éxito se reunían en favor de los Godos; y sin embargo, fracasaron. Los Francos vinieron á las Galias en número de algunos miles de hombres; extendieron rápidamente sus conquistas en Alemania y hasta en Italia; el Papa puso la corona imperial sobre la cabeza de sus reyes. Pero apenas hubo muerto Carlo-Magno cuando su imperio cayó en disolución, y la unidad germánica dejó su lugar á la infinita diversidad del régimen feudal. ¿Por qué estas tentativas de restauración? ¿Por qué la obra, en la cual el genio de Teodorico sucumbió, se logró, al menos temporalmente, por los conquistadores de las Galias? ¿Por qué la unidad fué en seguida reemplazada por la anarquía? Estos ensayos de reconstitución del Imperio y las convulsiones de su decadencia abrazan quinientos años. ¿Habrán sido estériles los trabajos y los sufrimientos de los pueblos durante esta larga época? ¿No hay nada desde el siglo v al x más que el reinado de la fuerza bruta y el de un ciego fatalismo?

Los conquistadores antiguos ignoraban los designios providenciales, á los que su ambición servía de instrumento. La venida de Jesucristo es la que ha dado sentido á las expediciones aventureras de Alejandro y á las guerras incesantes del pueblo rey: los guerreros prepararon el camino al príncipe de la paz. Cuando la dominación romana cayó, el cristianismo había invadido todas las provincias del Imperio, pero le faltaba conquistar el mundo bárbaro. Hubiera sido difícil á los misioneros penetrar solos y sin apoyo en medio de los habitantes semi-salvajes de la Germania y del norte de Europa. Los Bárbaros, nuevos conversos, fueron los que defendieron y propagaron la religión cristiana. El Imperio romano favoreció la predicación del Evangelio en el antiguo

mundo; para difundirlo entre los Bárbaros era necesario un imperio bárbaro.

Tal fué la misión de los conquistadores germanos. Los Godos no estaban destinados á desempeñar este gran papel. Sólo el catolicismo podía civilizar á la Europa bárbara, y los Godos se habían adherido á la herejía arriana; como representantes de una secta, debían desaparecer y confundirse en una unidad superior, así como las herejías han sido absorbidas por el catolicismo. Desde su aparición en la escena del mundo, los Francos se convirtieron á la fe católica: como hijos primogénitos de la Iglesia, les pertenecía propagar la religión cristiana entre sus hermanos de la Germania y del Norte. Hé aquí por qué los Francos lograron éxito allá donde los Godos fracasaron. Cuando se acabó la obra de la conversión de los Bárbaros, el imperio bárbaro no tenía ya razón de ser; los Germanos no eran llamados á restablecer un imperio decrepito, sino á fundar naciones fuertes é independientes. Hé aquí por qué la monarquía de los Francos cedió su lugar al régimen feudal.